

226

WASHINGTON LOCKHART

# R O D O

VIGENCIA  
DE SU PENSAMIENTO  
EN AMERICA

17.02.64.17

MERCEDES  
1964

Quinn Jan 4 - 1966

5/2



0708519. R45. L5. L7. 92

D. 201.268

Este trabajo obtuvo el Primer Premio en el Concurso organizado por el Círculo de la Prensa del Uruguay en 1963 sobre el tema "Vigencia del pensamiento de Rodó en América" Integraban el Jurado los señores José G. Antuña, Dr. Tomás G. Brena y Humberto Zarrilli.

El destino de la América española se fue manifestando, desde sus comienzos, con un definido carácter de unidad. La circunstancia colonial; la gestación de la independencia, la adopción, o a las veces el padecimiento de influencias europeas —entre ellas, y por sobre todo, las secuelas de la Ilustración, del romanticismo y de la ideología liberal— se produjo en todo el continente con el mismo ritmo y siguiendo fluctuaciones de parecido alcance. Y aunque subsistieron naturales diferencias, originadas unas por la situación inasimilada del indio en los países del Pacífico, otras por la intrusión imperialista en los del Caribe, o por la intensa inmigración de hombres y de ideas en el litoral atlántico, los problemas se plantearon y vivieron bajo un mismo signo y se fueron prolongando en preocupaciones que todos compartían en líneas generales. El fracaso del ideal bolivariano de unidad no afectó así fundamentalmente la efectividad de esa convivencia. Aunque el obstáculo de la distancia y de la incomunicación que suponía —fomentada, ésta, por potencias extracontinentales a las que aprovechaba semejante dispersión— no permitía que tan vastas regiones comulgaran en una conciencia de su común destino, subsistía empero, más como una confusa premonición que como un propósito deliberado, la profunda necesidad de incorporarse a un movimiento que

congregara y potenciara esas energías dispersas, y les propusiera al mismo tiempo una finalidad esencialmente compartible.

Cuando advino Rodó, ya a fines del siglo XIX, la América hispana se debatía en la incertidumbre de sus tareas inmediatas. La anarquía política, el desmembramiento económico y el desfibramiento de la disposición heroica con que se desembarazara de la tutela española, propendían a agravarse ante la creciente difusión de concepciones utilitarias que el ejemplo de América del Norte prestigiaba con tentadora elocuencia. Ante el incentivo de un progreso material que el liberalismo comercial de cuño inglés convertía entonces en puntal de muy localizados intereses, y bajo la advocación de un racionalismo y luego de un simplificado positivismo que se adoptaban, como ocurriera en Méjico y Brasil, con una unilateralidad tan precaria como absorbente, América se iba desvinculando en forma gradual de su mejor tradición, con fitoria mengua de su espíritu propio, en el umbral de una época que no podía ser siquiera la era de prosperidad material que se anunciaba, por cuanto el desarrollo de estos países quedaba supeditado a la voluntad de las potencias que alcanzaban entonces un predominio universal. Y la prédica de un Sarmiento, la de un Alberdi, la de un Hostos, así como la de tantos otros americanos impacientes en poblar y civilizar países que veían, con justificada inquietud, sumidos en el más irredimible marasmo material y espiritual, corroboraba esa deserción, pese a la indudable nobleza de sus propósitos, por desconocer nuestras virtualidades peculiares y por violentar la índole del proceso que cabía esperar de nuestra condición de hispano-americanos.

Fue entonces cuando la palabra de Rodó, con claro sentido, no sólo del instante, sino, y principalmente, de su proyección en un futuro que no podía pretender cercano, proclamó en "Ariel" el mensaje de advertencia y de exhortación que los nuevos tiempos estaban reclamando. Su resonancia fue inmediata. De toda América llegó la respuesta entusiasmada, testimoniando una aprobación de irrestricta unanimidad. El tono, inclusive, de aquel breve libro, coincidía con el que la época esperaba. En el levantado, solemne acento de aquella voz casi desconocida, América reconocía en efecto esa vocación protagónica, incluso ese egocentrismo —heroico, es cierto— tan característico de la espiritualidad de los años finiseculares. El problema de América, de su esencia y de su porvenir, aparecía planteado con lucidez, pero también con emoción y dramatismo, no precisamente en sus proyecciones inmediatas, sino en la amplia perspectiva que reclamaba la complejidad de su proceso. Esa expresión de una literatura en la que importaban sobre todo las ideas —ideas concebidas, eso sí, en términos de acción y vivificadas por un auténtico sentimiento, tal como Rodó se lo propuso— apareció en el momento exacto, cuando el desarrollo cultural americano sufría, en la raíz misma de su sensibilidad, la influencia enervante de los decadentes y de los modernistas, así como, en la efectividad de sus proyectos, la amenaza no menos ominosa de pragmáticos y utilitaristas. La unidad de la América española se proclamaba en "Ariel" con un orgullo casi desafiante. Una España viviente, evocada cuando apenas hacía dos años fuera rechazada de sus últimas posesiones antillanas, una España ligada entrañadamente a una América filial, aparecía allí rehabilitada en el reconoci-

miento de sus virtudes seculares. Si Rodó preconizó entonces la necesidad de ser originales, si hurgando en nuestro pasado y en la vida de quienes como Juan María Gutiérrez participaban de ese mismo afán, trató de determinar el perfil y las fuentes en que debíamos abundar y reencontrarnos, supo reconocer asimismo la necesidad de acoger y cultivar toda influencia exterior que pudiera contribuir a tal reencuentro. La originalidad debía ser el fruto de un espíritu de comprensiva universalidad. Su mejor y más vasta obra, desde sus primeros artículos de la Revista Nacional, hasta sus últimas producciones, reflejan la continuidad de esa preocupación americanista. Pero su americanismo no fue jamás exclusivista o sectario, sino que, además de su emotivo reconocimiento del antecedente español, se ilustró y acendró en el constante cultivo de una tradición occidental bebida en sus mejores fuentes, desde la Grecia inaugural hasta la promoción contemporánea, en donde Francia atrajo los más fervientes de sus requerimientos. Y aún cuando su humanismo inmanentista le vedaba embarcarse en ninguna aventura ultraterrena, no dejó de impregnar su sensibilidad de espíritu cristiano, al que consideró y acogió con disposición reverente; y aunque rechazó también —apenas precedido en ese plano por Paul Groussac—, el vacío progresismo que amenazaba bastardear los afanes contemporáneos y sumergirlos en la barbarie técnica que veía ejemplificada en la América del Norte, admitió empero la pertinencia relativa de tales tendencias, admiró su empuje, y retuvo de su ejemplo aquellos aspectos que podían beneficiar nuestro sentido de la acción y la resolución efectiva de nuestros problemas materiales. La tolerancia, la curiosidad, el estudio y la simpatía hacia to-

da manifestación que exaltara los valores humanos, fueron virtudes que nunca dejó de cultivar. Tal sincretismo pudo interpretarse, en un plano estrictamente filosófico, como el producto de una manera simplista de concebir contenidos y actitudes que podían pensarse inconciliables. Pero su propósito no era el de construir un sistema coherente ni el de proporcionar a la personalidad una textura ideológica coordinada en todos sus puntos mediante la adición masiva de tan diversos materiales, sino extraer de cada uno de ellos su impulso enaltecedor y fecundante. Su actitud no era la de un ecléctico, la de un zurcidor de galas módicamente aprovechables, sino la de un sensibilísimo, delicadísimo representante del humanismo más insospechable, de aquél que a nada humano puede sentirse ajeno. Por eso, no le importaban tanto las ideas cuanto las maneras de exaltar y afinar, mediante su cultivo, nuestra distinción espiritual, la delicadeza de nuestra sensibilidad y la más disponible efectividad de nuestro sentido de lo bello. Bien veía que América necesitaba ejercitarse en esa purísima gimnástica, y que era mediante ella que habría de aproximarse al cumplimiento de su predestinación. Su incansable prédica en pro del acercamiento moral e intelectual de sus diversas naciones, concurría a ese designio central, de procurar un ámbito en donde pudieran resonar, en la medida necesaria, las enseñanzas que intentaba transmitir con tan levantada determinación. Y no fue por cierto porque desdénara considerar los problemas materiales, sino porque había sentido y padecido la superficialidad y la irresponsabilidad que entonces amenazaban anegarlo todo. Ya en 1897, en correspondencia dirigida a Rufino Blanco Fombona, Rodó se animaba a expresar que era "en el

arte y en la literatura" en donde podía principalmente contribuirse a estrechar los lazos de una unidad que parecía entonces inalcanzable utopía. Con "Ariel", esa actitud se afirma y se esclarece. Bajo la forma de un discurso magistral, no sólo formula fervorosamente su visión, sino que le proporciona un perfil valedero, echando las bases de una sociología viviente de la cultura americana. Denunció allí las más sensibles deficiencias de que se adolecía, y señaló al mismo tiempo las vías que podían conducir a su superación. Su acusación al materialismo norteamericano no podía ser, como lo pretenden algunos críticos demasiado actuales, una denuncia del imperialismo ni de la influencia conculcadora de los capitales extranjeros; en primer lugar, porque tales amenazas no significaban entonces —no lo serían sino años después— una alarma apremiante; pero, sobre todo, porque el verdadero enemigo residía en la actitud personal con que se tendía a trasplantar tendencias opuestas a nuestras más entrañadas predisposiciones. Rodó tuvo clara conciencia de que el reducto a defender con inquebrantable empeño era la dignidad y la pureza de nuestra conformación espiritual, la base greco-latina que, junto a la conciencia cristiana, informa nuestros orígenes, sustrato cultural que los apremios y las incitaciones de una civilización avasalladora amenazaban subvertir y desviar de su mejor posibilidad de desarrollo. No hablaba, no correspondía que hablara para el presente inmediato, y por eso yerran quienes lo acusan de soslayar la circunstancia material en que vivía: "No aspiraréis en lo inmediato —dice en "Ariel"— a la consagración de la victoria definitiva, sino a procurar mejores condiciones de lucha". Su palabra es, así, de vigencia más alta y perma-

nente. Habla para siempre, y no para la contingencia de su tiempo. Y si predica un ideal de desinterés y de optimismo, de espiritualidad y tolerancia, no es porque se desentienda de las realidades económicas, sino porque sabe y siente que el conflicto esencial, el que nos salva o nos pierde como hombres totales y cabales, se desarrolla en el seno mismo de nuestra voluntad de superarnos y perfeccionarnos. No podía seguir, sin traicionarse, las perspectivas abiertas por Marx o por Prudhon, como no podía tampoco, en otro plano, comprometerse en las vertiginosas aventuras de un Kierkegaard o un Nietzsche. Su natural sentido del equilibrio lo adscribía a la mesurada elaboración de un Spencer, de un Taine, de un Renán, envuelta en un aura sentimental al modo de un Ruskin o de un Saint-Victor, y aunque su desasimiento aristocrático parecía demorarse en postergaciones demasiado inconcretas, el problema de la acción quedaba solucionado antes de plantearse, pues la ética, en tan superior designio, se le revelaba como una provincia de la estética. Actuar sólo podía consistir en vivir bellamente, y no podía haber por lo tanto otra conducta que la que de ese modo se reintegrara a la suprema razón de la Belleza universal. No porque —conviene aclararlo— pensara llegar a la ética por el camino de la estética (temor que le expresara Unamuno); amaba demasiado la vida y sentía muy hondo el imperativo del deber como para incurrir en semejante enajenación; la estética, en Rodó, no conducía, sino que "era" su ética, expresión de una coincidencia armoniosa del hombre con lo que lo rodea y lo rebasa.

Ese sentido tan íntegro y elevado de nuestra misión de hombres no lo condujo empero a desestimar

la previsión de los pasos que podían prepararnos y conducirnos a tal culminación. Y fue guiado precisamente por esa concepción enaltecedora de lo humano que se propuso, como objetivo inmediato, contribuir a la formación y a la orientación de una conciencia americana. Sucede en tan magna tarea a Bolívar, a Sarmiento, y a Martí; irradiando, como ellos, un optimismo vital, una salud espiritual y una disposición idealista que realzan su palabra con un insuperable poder de convicción. En aquellos años en que la renovación modernista distraía la inquietud de los intelectuales y la de los artistas, extraviándolos casi siempre entre los seductores y huecos halagos de un rebuscamiento sin salidas, Rodó comprendió que debía recuperarse un contacto más entero con aquellas ideas y aquellos ideales simples y permanentes, con aquel venero esencial al que, bien lo advertía, no podrían desplazar ni sustituir las atildadas naderías de la hora. Escribir se le convertía así en milicia en cierto modo sacramental; hablarle a la juventud, una empresa sagrada; y si padeció hasta la agonía la gesta de la forma, fue porque tuvo una conciencia casi visceral de que la apariencia era el otro costado de la esencia, y que el sentimiento y las ideas, en cuanto se echan a andar entre los hombres, no adquieren su total vigencia sino a través de una expresión que esté a la altura de su valor fundacional. Lejos de significar de tal modo que concebía la vida “como una obra de arte” —según le escribiera en una primer carta Unamuno, cuando aún no había advertido la verdadera dimensión de tal actitud— Rodó la sentía, de acuerdo en eso con el gran escritor vasco, con la conciencia de que era “algo formidable y serio”; no una “obra” de arte, desglosada de una condición hu-

mana que aparecería entonces desatendida como tal, sino trasposición, en la viva y conflictual resolución de una conciencia, de superiores, presentidas armonías.

En la amplitud de su curiosidad intelectual o social, Rodó no dejó de abarcar ninguna circunstancia significativa. Expresó así su condenación al caciquismo, se pronunció contra “los jornales irrisorios” de los obreros del Perú y contra “la matanza de los revolucionarios de Quito”, abordó el problema del indio relegado y humillado; al estudiar la situación del obrero uruguayo, llegó incluso a formular demandas por “oficinas de estadísticas”; “Ariel” sabía cuándo y cómo se debía andar sobre la tierra, y nada escapó a su minuciosa atención sobre la situación contemporánea de la América hispana. Cuán injusto no habrá de aparecer por consiguiente el reproche que le dirige José Luis Romero, y recogido por tantos, al suponer que con “las hordas inevitables de la vulgaridad”, así como con su ascenso y con su “odio a lo extraordinario” que denunciaba Rodó, estaba aludiendo a las poblaciones indias y mestizas, cuyo secular relegamiento no dejó él mismo de considerar y lamentar. ¿Acaso podía ser Mr. Homais el personaje con quien, si a ella se hubiera querido referir, Rodó las comparara?. Porque si hubo en Rodó un sentimiento aristocrático, no era por cierto en pro de los privilegios que fomentaban tales injusticias, sino contra la mediocridad y la barbarie que se revelan, precisamente, en aquellas minorías, hostiles, no sólo al pueblo que desestiman, sino también a “las verdaderas superioridades”. Lo que no comprenden muchos de tales detractores es que la suya no podía ser una actividad revolucionaria. Ni su temperamento, ni su irrenunciable apego a la tradición, ni su alerta receptividad

para todos los valores, podían hacer que declinara de su ideal de reforma paulatina para arriesgarlo todo en el azar de una revolución. Impugnarle su aparente tibieza, equivale a ignorar el sentido profundo con que asumió la realidad en que vivía, su repugnancia ante todo derrocamiento radical, el acendrado respeto con que se movía entre las realizaciones de la cultura occidental, sobre las cuales, solamente, y en gesta de cauta pero firme progresión, podía concebir el surgimiento de una América original y creadora. La aventura sin freno de una revisión radical no podía ser entonces sino una construcción en el vacío, una hipótesis gratuita y sin garantías definidas. El caso de Méjico, pocos años después, lo corroboraría. América carecía de la suficiente reserva espiritual como para que cualquier construcción social o política que pudiera entonces erigirse, se mantuviera en pie como ocasión propicia para la aparición de una cultura coherente. Construir, entonces, hubiera sido precipitación insostenible. Era preciso comenzar desde adentro del hombre, infundirle el sentido de su dignidad, de su posibilidad de desarrollo y de irradiación, impedir que se anquilosara en la solución falaz de sus progresos materiales, conquistas que, aún suponiéndolas factibles, no hubieran significado entonces sino un peso muerto, una frágil componenda con necesidades mal planteadas; y al cabo, y a plazos más o menos breves, contradictorias con el bienestar que se perseguía. Rodó lo sintió y lo vio, no desde un empíreo estetizante y hasta reaciconario, como creyeron advertirlo algunos ideólogos impacientes, sino en la disposición más atinadamente realista que cabía entonces, concibiendo, a plazos que tenían que ser largos, la satisfacción de las verdaderas necesidades del hombre americano, entre las cuales las ne-

cesidades materiales, sin desorbitarse, no podrían dejar de contemplarse. Sabía que no se podía pretender la eliminación de los males inmediatos. Su acción era más vasta, más firme y duradera, orientada a cimentar una cultura cuya insuficiencia padecía, ahogado por un medio incomprendible —“pedazo de un gran cadáver”, se confesaba en una de sus cartas— angustiado por el silencio que rodeaba y desalentaba todo propósito de superación. De ahí que en “Motivos de Proteo”, nueva y armoniosa etapa dentro de su magna empresa, intentara liberar al hombre americano de la inhibición, producto de un íntimo desfi- bramamiento, con que enfrentaba la responsabilidad de su destino. Dada ya, en “Ariel”, su voz de alerta contra las amenazas y deserciones de la hora, con esta nueva obra, proteica e infinita como un mar que renacía eternamente de sí mismo, intentó contribuir al surgimiento de una conciencia capaz de enfrentar los peligros denunciados. Completaba de ese modo su magistral mensaje. Predicaba allí la reforma interior, no la renovación que erradicara o trastocara las bases permanentes de la personalidad; desconfiaba de la novedad en cuanto tal, sabía de las necesarias dilaciones con las que el alma debe cumplir sus más decisivos adelantos. Ante la variabilidad del hombre —y su fino sentido de lo actual lo hizo coincidir aquí con el pensamiento de un Bergson que apenas tuvo ocasión de conocer— Rodó sintió la necesidad de disciplinar la voluntad y de volverla apta al cumplimiento de los procesos de cuya prosecución todo hombre se revelaba entonces responsable. No se sujetó para ello a doctrina establecida; aprovecha así las sugerencias del evolucionismo spenceriano, de la practicidad positivista, y de ese impulso idealista que venía de lejos, desde ese instante inaugural que presi-

diera el pensamiento de Platón. Sin embargo —tal como lo insinúa Carlos Real de Azúa— no es tarea imposible precisar sus ideas dominantes y caracterizar de ese modo una doctrina, dúctil, eso sí, y ajustable a renovadas exigencias; predicaba en efecto “la acción, la esperanza y el amor a la vida”; era la suya una moral hecha de fé, de tolerancia y de confianza en la capacidad humana de autodeterminarse y superarse, desligada de todo sectarismo o complacencia. Tal concepción, miscelánea y sincrética, no se organiza en Rodó como un afán de conciliación superficial, sino como resultado del humanismo mas digno de ese nombre, de una radical confianza en la unidad subyacente, pero al mismo tiempo trascendente de la vida. Por eso no es hacia sus ideas hacia donde debe orientarse nuestra atención de críticos, “porque no son las ideas, son los sentimientos —escribía el mismo Rodó en 1912— los que gobiernan el mundo”. Y fue su palabra innovadora, suscitante, así como el sentimiento enaltecedor de que nacía, el inesperado recurso con que intentaba redimir al hombre americano del caos en que vivía, por apartarlo del especialismo, de la vulgaridad y de la incredulidad con que en esos años se abochornaban todos los valores.

Pocos años después sobrevendría el cataclismo del 14. En el estrépito con que se desmoronaron las esperanzas y las ingenuas creencias progresistas de las décadas anteriores, su prédica debió acallar su apremio, volverse expectativa, amoldarse a ese dramático desmentido que los hechos le asestaban a la conciencia de su siglo. La muerte lo sorprendió en la aceptación de esa pausa necesaria. Su optimismo, su viril confianza, su exaltación de la conciencia estética del hombre, parecían

entonces contradichas por una realidad que desautorizaba, y en cierto modo desplazaba, toda actitud no complicada con los avatares del momento. Bien pudo así recogerse su expresión de la esperanza como “locura” (en “Motivos de Proteo”, cap. CXLIX) para volverla contra él. La apostasía hallaba llanos todos los caminos. Se volvió tarea fácil, entonces, señalar las insuficiencias de su posición y sus ideas, enostrarle, así, un optimismo que pudo parecer ingenuo, las limitaciones de su actitud inmanentista, la incondicionalidad de su progresismo, su manera, aparentemente indiscriminada, de adicionar ideales, con mengua de sus direcciones peculiares, su concepción de la belleza como algo que parecía sobreagregado (como “el esmalte del anillo”), su mal interpretado aristocratismo, su visión unilateral de países como Grecia, en un sentido, y como los EE. UU. en el opuesto, su denunciada desatención respecto a los problemas materiales, la obviedad de algunos de los ideales y valores que exaltara, la carencia de vías concretas para alcanzarlos, y, sobre todo, la inadecuación de su estilo con los destinatarios a que parecía dirigirse. Todo ello no deja de ser cierto en algún grado y bajo los correspondientes atenuantes; pero de ese modo no se abarca sino una parte inesencial de su actitud. Porque por encima de la constelación de ideas y de conclusiones que exhumó de tan diversas fuentes, alentaba un sentimiento primordial, religioso, de la vida. El espíritu, en él, no fue un fácil triunfo, una cómoda superación, desde que no llegó a disimular la patética dramaticidad de su existencia real. Su vida se torturó en efecto en el acucioso presentimiento de una virtual unidad, unidad que justificaba toda tentativa de conciliar las influencias mas heterogéneas.

**Esta unidad era su fe, una verdad que, más allá de las ideas de que se servía, coincidía con su sentido profundamente estético de la realidad. Lo esencial, en Rodó, era así su actitud como expresión entera de su ser, un sentido hondamente arraigado de la incuestionable sustantividad de la vida, de su carácter eminente, sagrado. Al criticar su obra, es así a Rodó a quien se alcanza, pues "un libro que se escribe —confesaba él mismo—, o es papel vano, o es un alma que teje con su propia sustancia su capullo". Y quién no advierte el uncioso respeto con que se acercaba a sus temas, con qué magistral compostura, con qué sentido reverencial, ante una trascendencia a la que nunca nombró ni pretendió especificar, pero que, como los astros que cierran el relato de "Ariel", preside, desde su espectante lejanía, todas sus especulaciones. Si algo queda, si algo fluye y se nos contagia de la lectura de sus obras, es un respetuoso, casi adusto reconocimiento del supremo privilegio de ser hombre. Es necesario leerlo, por consiguiente, en la misma actitud en que escribiera; no deteniéndonos demasiado en sus ideas o en la contextura armoniosa de sus frases, no fijando nuestra atención en lo que dice ni en el modo en que lo dice, sino dejándonos impregnar, como por música casi indiscernible, por la calidad superior de su espíritu y por su sentido medular de la condición humana. Era, ciertamente, un maestro; pero su mejor lección no es la que se explicita en sus ideas, sino la que emana de la inusitada nobleza de sentimientos con que las concibe y expresa. En tal sentido, y aunque no carecen totalmente de verdad algunas de las objeciones que se le dirigen, no han dejado sin embargo de ejercer un inalterable magisterio. Sí, es cierto: Rodó no ha escrito**

para ser leído por el pueblo; sólo pueden acceder a él quienes, en cierto modo,, participan íntima y previamente de sus mismas preocupaciones y reverencias. Como lo señalara Alfonso Reyes al situar la realidad de su influencia: "la fraternidad americana no debe ser mas que una realidad espiritual, entendida e impulsada de pocos, y comunicada de ahí a las gentes como una descarga de viento: como una alma". Otro insigne escritor americano, Pedro Henríquez Ureña, reconoce también que el propósito de Rodó "es contribuir a formar un ideal en la clase dirigente, tan necesitada de ellos". Y tanto uno como el otro llegaron a ilustrar con su ejemplo vivo la verdad de tales asertos, pues uno y otro recibieron la influencia de Rodó, no tanto a través de sus ideas, como del irradiante sentido de superación y de optimismo con que fueron expresadas; y representaron y mantuvieron así el superior sentido de espiritualidad que el maestro les infundiera a través de su obra creadora. En tal sentido, resulta impertinente discernir qué ideas, o qué planteos, mantienen todavía su vigencia plena en la América de hoy. Las circunstancias cambian, y, con ellas, las necesidades y las aspiraciones de los pueblos. Si la palabra de Rodó conserva todavía su influencia, no será así en el estrépito multitudinario, incompatible con su ritmo majestuoso y su inderogable dignidad, sino a través de aquellas conciencias que sean capaces de prolongar e irradiar esa "alma", esa fe, esa acción espiritual de que este tiempo, y todo otro tiempo, habrá siempre menester. Sería falsear su sentimiento, sería contradecir su visión del hombre como virtualidad constante de reforma espiritual, exaltar sus ideas en cuanto tales, extraer de su obra ideologías o doctrinas definidas y rotundas. La actuali-

dad de Rodó se revela a través de la cambiante apariencia de Proteo. Y quienes hayan de cumplir con su promesa, no serán quienes se atengan literalmente a sus formulaciones, sino quienes, según las mismas palabras que Rodó atribuye a Gorgias, lo venzan con honor. En esta hora en que América española intenta trabajosamente recomponer su unidad perdida, esa "alma" de Rodó está presente, y es bajo su advocación que habrán de consumarse los pasos decisivos, según lo vayan determinando las nuevas circunstancias. Mientras cumplimos así nuestra tarea, afanosos por resolver los problemas de la hora, seguiremos sintiendo que, por la voz de Rodó, como en la frase de "Ariel", "algo desciende de lo alto".



Lockhart, Washington (arrug?)  
Rodo, José Enrique, 1871-1917 (arrug.)

